

DESHACIENDO EL NUDO MULTICULTURAL: CRISIS ECONÓMICA Y LA IZQUIERDA EUROPEA ANTE LOS DESAFÍOS DE LA INMIGRACIÓN Y LA DEVIRSIDAD CULTURAL Y RELIGIOSA

Christian Jörg Backenköhler Casajús

Universidad Autónoma de Madrid (UAM)

chris.backen@gmail.com

Resumen 10 líneas

La crisis económica ha tenido un efecto devastador sobre la percepción de la diversidad. Poco después del inicio de la crisis económica actual, las críticas contra las políticas multiculturales comenzaron a ser recurrentes y por parte de muchos dirigentes políticos llegó a proclamarse el fin del multiculturalismo. El discurso sobre fracaso de las políticas multiculturales y la falta de integración de las minorías fue asumido poco a poco por una derecha radical emergente que lograba capitalizar gran parte del malestar social surgido por la crisis. Ante el empuje de una retórica anti-inmigratoria y el auge de una narrativa pesimista sobre la integración de las minorías, las demás fuerzas políticas no pudieron evitar verse contagiadas con parte de este discurso anti-multiculturalista y aceptar su deriva asimilacionista.

Christian Backenköhler es licenciado en Derecho y Ciencia Política y de la Administración por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), y máster en Estudios Árabes e Islámicos Contemporáneos. Ha participado en diversos proyectos de investigación desarrollados en la UAM y en el CSIC, donde participó en un proyecto sobre justicia intercultural en colaboración con el INRS de Montreal. Actualmente está elaborando una tesis doctoral sobre el reconocimiento de la Sharía en los países occidentales desde la perspectiva del pluralismo jurídico.

Multiculturalismo, integración, inmigración, musulmanes, izquierda,

1. Introducción: el multiculturalismo y sus detractores.

Si hace veinte años comenzáramos estas mismas líneas, empezaríamos con una exaltación del proyecto multicultural y con una constatación del auge de las políticas multiculturales y de su éxito como teoría política de moda. Todos éramos multiculturalistas por entonces (Glazer, 1997) y la diversidad cultural comenzaba a ser algo más que una mera imagen folclórica del mundo. Las sociedades comenzaban a reconocer que la diversidad era la base de su estructura social, y el multiculturalismo empezaba a establecerse como modelo político para articular esa pluralidad social. Will Kymlicka, en unos de sus libros publicados a comienzos del nuevo siglo, hablaba del consenso generalizado sobre el éxito del “culturalismo liberal” y la victoria de los derechos de las minorías culturales a la hora de redefinir los términos del debate público, que habían logrado condicionar los debates en torno a la justicia de dos maneras (Kymlicka, 2003, pp. 50, 51): la primera, que hoy en día nadie puede seguir pensando en que la justicia puede definirse simplemente mediante normas o instituciones que sean ciegas a las diferencias; y la segunda, que la carga de la prueba se ha desplazado y que ya no son sólo las minorías las que deben despejar las dudas sobre la justicia o no de las reformas que proponen, sino también los defensores de las instituciones *neutrales*, quienes deberán demostrar que no generan ningún tipo de injusticia a quienes instan su reforma.

Con esta victoria, los derechos de las minorías habían logrado atravesar la barrera del reconocimiento y su visibilidad lograba incluirlos en las agendas políticas de todas las sociedades democráticas. Pero esto no significaba, según Kymlicka, que se hubiera acabado con cualquier oposición a ellos, sino que ahora se hacía de manera distinta. Concretamente, la oposición a los derechos de las minorías se realizaba ahora de una manera diferente y se concentraba en dos focos concretos: uno, cuestionando las políticas multiculturales específicas aplicadas a contextos particulares, para centrarse en las injusticias que de modo específico pueden aparecer al aplicar una distribución injusta de los beneficios y de las cargas sociales que se asocian con la identidad y la cultura, y que normalmente afectan a mujeres y niños; y otro, cuando las sospechas se desplazan hacia las cuestiones relacionadas con la ciudadanía y no se centran en el grado de justicia o injusticia de esas políticas particulares, sino en la forma en que el reconocimiento de estos derechos pueden afectar al núcleo común de la ciudadanía y las virtudes cívicas, y al modo en que ello pudiera perturbar el difícil sostenimiento de la cohesión social en una sociedad multicultural.

Ya después del 11S, la armonía existente entre teoría y práctica comenzó a resquebrajarse y el proyecto multicultural empezó a ser seriamente cuestionado desde diversos frentes y por diversos motivos. El multiculturalismo fue envejeciendo mal ante la naturaleza cambiante de los movimientos migratorios, la dinámica de la diversidad cultural y las nuevas formas de organización social

transnacional, que comenzaron a superar los viejos conceptos del Estado-nación y cuestionar la relación tradicional entre el individuo y el Estado. Pero también por la aparentemente mala gestión política y socioeconómica que se fue realizando sobre la población inmigrante y las nuevas comunidades étnicas que se iban formando, habiendo demostrado una falta de previsión absoluta sobre la llegada de una diversidad que se creyó temporal y que al final terminó siendo definitiva. Esta supuesta falta de adaptación del multiculturalismo le fue mereciendo reiteradas críticas desde prácticamente todos los ámbitos políticos y académicos, y fue animando a muchos autores a asegurar que quizá podríamos estar ante el final del llamado “experimento multicultural” y la llegada de una era “post-multicultural” (Barry, 2001; Kelly, 2001; Bäubock, 2002).

Aprovechando esta confusión social e identitaria de la sociedad multicultural, comenzaron a surgir algunos discursos políticos en contra del multiculturalismo que empezaron a tener cierta relevancia social y mediática. Algunos de estos discursos expresaban el temor de que el multiculturalismo hubiera sido demasiado permisivo y tolerante con las reivindicaciones de los grupos minoritarios, y que bajo su amparo se hubieran ido dando situaciones de desigualdad por razones culturales. En otros se culpaba al multiculturalismo de haber adoptado una postura demasiado relativista frente a las demandas culturales y de haber apoyado un concepto de identidad demasiado posmoderno, lo que habría causado una fragmentación en exceso del proyecto cultural nacional. En todos ellos se podía apreciar, en definitiva, la existencia de cierto temor frente a la falta de control que las sociedades comenzaban a experimentar ante las consecuencias que no habían previsto tras haber puesto en marcha las políticas multiculturales que habían diseñado, y sentían a la vez cierta impotencia por no haber podido conseguir implementar unas políticas redistributivas adecuadas que hubieran podido atenuar la fricción social, lo que les llevaba a chocar constantemente contra la realidad de la inconmensurabilidad de los derechos sociales y culturales.

El origen de las críticas hacia el multiculturalismo es muy variado, pero hay que tener en cuenta que una importante oposición al proyecto multicultural comenzó a fraguarse en la opinión pública y en los medios de comunicación con la aparición de un discurso público populista de corte claramente anti-multiculturalista (Ley, 2005, p. 6). En la mayoría de países occidentales, los atentados del 11S, de Madrid y Londres; el asesinato del cineasta Theo van Gogh, o la crisis de las caricaturas danesas¹ –por poner algunos ejemplos–, fueron eventos catalíticos que ayudaron a generar una opinión pública más visceral y a facilitar el auge de intelectuales y partidos de derecha con un discurso populista y anti-inmigratorio que comenzó a calar en la sociedad. El primer ejemplo se dio de forma

¹ No hago referencia al atentado perpetrado en enero de este mismo año contra la revista satírica *Charlie Hebdo* y que merecería un análisis aparte mucho más profundo. Creo que sería interesante realizar un estudio sobre los límites del humor y su influencia en la percepción e integración de la diversidad cultural. Me remito para ello a una serie interesante de *post* del profesor Manuel Arias Maldonado publicados en la [web](#) de la *Revista de libros*, y del profesor y dibujante Pepo Pérez en la [revista](#) *Rockdeluxe*.

más clara con la aparición en Francia del partido liderado por Jean-Marie Le Pen –y posteriormente por su hija, Marine-, que logró posicionarse como una de las principales corrientes de oposición al crisol cultural europeo, animando el surgimiento de otros movimientos parecidos en países como Alemania, Austria, Dinamarca o los Países Bajos (Bäubock, 2002; Joppke, 2004; Prins & Slijper, 2002); e incluso influyendo en el discurso de algunos partidos socialdemócratas europeos, como los de Suecia (Pred, 2000) o Gran Bretaña. Fuera de Europa, en países como Canadá, Australia o Estados Unidos, las políticas asimilacionistas comenzaron a ganar peso en el discurso político, como por ejemplo, en Australia, con el partido conservador de John Howard y su aversión a “esa palabra con M” (Ang & Stratton, 2001); o en Estados Unidos, donde el multiculturalismo comenzó asociarse con una tendencia a la separación e incluso balcanización del territorio y con una fragmentación de la identidad estadounidense (Huntington, 2004, p. 41). Pero también aparecieron en Canadá, cuna del proyecto multicultural, donde a pesar de haber institucionalizado el multiculturalismo con la *Multiculturalism Act* de 1988, algunas leyes federales y provinciales comenzaron a reducir las políticas favorables a la inmigración; o donde pudo observarse cómo el discurso del gobierno pasó de defender las bondades del multiculturalismo a la utilización de un lenguaje normativo sobre la necesidad de promover una mayor cohesión social e integración de los inmigrantes, que bien podría entenderse como una forma encubierta de promover políticas asimilacionistas (Li, 2003). No hay duda de que con todos estos virajes ideológicos, el multiculturalismo se encontraba en retirada.

Ante estas reacciones, puede parecer comprensible que la sociedad occidental pudiera haber estado experimentando una fase de *pánico moral*² ante a la diversidad cultural, y que esta circunstancia hubiera sido aprovechada para construir discursos políticos en contra del multiculturalismo. En la base de todos estos miedos se podía encontrar claramente una percepción

² El término fue acuñado por primera vez en 1972 por el sociólogo Stanley Cohen (2002) tras los conocidos sucesos ocurridos en las playas de veraneo de Gran Bretaña en 1964, cuando grupos de [mods y rockers](#) se enfrentaron entre sí luchando por su hegemonía dentro la subcultura británica. El *pánico moral* es el resultado de transformar determinados sucesos o incidentes colectivos en un síntoma de crisis de los valores de una sociedad, cuando frente a esos sucesos se genera un estado de histeria colectiva en la opinión pública, y que se acaba transformando en una crisis social sobre la pérdida de control de los referentes internos de una sociedad. Es un término sociológico utilizado para describir la reacción que experimenta una sociedad ante un suceso concreto sobre el que la sociedad proyecta todas sus ansiedades. Más tarde, el concepto fue sistematizado por Goode y Yehuda (1994), quienes introdujeron, en concreto, cinco elementos que normalmente concurren en una explosión de pánico moral: el primer elemento que concurre aparece cuando en la sociedad comienza a darse una notable preocupación ante un hecho o comportamiento determinado realizado por un grupo social en concreto, y se prevé que pueda causar un mal a la sociedad; en segundo lugar, comienza a desarrollarse un elevado nivel de hostilidad hacia el grupo social concreto, que son considerados como una amenaza a los valores e intereses de la sociedad; en tercer lugar, se produce un consenso general entre la sociedad o determinados segmentos sociales de que la amenaza proviene del comportamiento del grupo social sobre el que han proyectado su hostilidad; en cuarto lugar, la reacción social sobre las posibles consecuencias es completamente desproporcional a la naturaleza del hecho percibido; y en quinto y último lugar, es un suceso completamente volátil que tan pronto como apareció, desaparece. No suelen ser hechos que duren mucho en el tiempo, y la mayoría de las veces no termina produciéndose un cambio importante en la sociedad, pero genera la suficiente inestabilidad social para que se demande una intervención por parte de los poderes políticos.

exagerada y distorsionada de las minorías étnicas o de los grupos culturales, cuyos comportamientos y prácticas se han ido percibiendo como una amenaza a la sociedad. Esto se ha debido en gran medida a que los medios de comunicación han ido construyendo una serie de percepciones estereotipadas sobre la diversidad cultural, presentando, muchas veces de una manera exagerada e irresponsable, conflictos culturales donde seguramente sólo había problemas concretos. Esta forma con la que los medios han ido abordando el problema del multiculturalismo sólo ha conseguido alentar discursos populistas, que han aprovechado la conflictividad social para espolear el miedo a la diferencia y posicionarse como opción política y adalid de la integridad identitaria. De ahí que, por haber presentado mediática y discursivamente la diversidad cultural como una amenaza moral, las políticas multiculturales hayan empezado a caer en sospecha y el multiculturalismo a percibirse como un desafío a la integridad moral de la sociedad. Y por eso las políticas multiculturales han comenzado a percibirse como una amenaza a la integridad cultural de las sociedades de acogida y a ser señaladas como el origen de ese miedo o pánico moral que se ha extendido entre los miembros de las sociedades occidentales.

No es de extrañar, por todos estos motivos, que la mayor oposición al multiculturalismo haya sido más populista y mediática que intelectual, y que la base social de la crítica se haya construido sobre un catálogo discursivo bastante compacto y recurrente. Al respecto, Baukje Prins y Boris Slijper (2002) consiguieron identificar las tesis más importantes y los temas más frecuentes en los principales discursos anti-multiculturalistas, logrando con ello identificar al menos cinco temas claves en estos discursos que, además, se suelen dar independientemente del contexto nacional en el que se desarrollen:

- a. En primer lugar, el *choque entre culturas* –y particularmente entre el islam y los valores occidentales-, donde entre muchas cuestiones se discute si determinadas prácticas culturales pueden ser toleradas, sobre cuál es la posición de la mujer dentro de las comunidades étnicas y, en general, sobre cuál es la situación de las minorías dentro de esas minorías. La mayoría de las críticas cuestionan el peso de la identidad que tienen que soportar las mujeres, a quienes se les exige comportarse de una manera por la cual se las convierte en portadoras de la cultura y en las principales valedoras de su identidad. Pero no son las únicas que son objeto de estas preocupaciones. El tratamiento que se hace a la homosexualidad, el tipo de relaciones jerárquicas que se constituyen en las familias con respecto a los hijos o el modo en que se tratan a los animales son cuestiones que también forman parte de estas preocupaciones. Aun así, la intensidad del debate varía de unos países a otros, sobre todo en aquellos con una tradición migratoria más antigua o en

aquellos países que han tenido que convivir con particularidades culturales de grupos disidentes religiosos como los Amish o los Mormones, y en los que existe una larga tradición liberal que combina un fuerte respeto por la libertad religiosa y una mínima intervención del Estado en la esfera privada de las personas, como Estados Unidos o Canadá. Esta diferencia de intensidad en el debate se debe, quizá, a una cuestión más trivial, dado que la presencia musulmana en estos países es relativamente menor con respecto a la europea, lo que hace que no se perciban como competencia frente al resto de comunidades cristianas.

- b. En segundo lugar, la *relación entre la diversidad étnica y la identidad nacional*, donde el principal problema no es la existencia de un conflicto moral o político entre culturas, sino la percepción de la diversidad cultural como una amenaza a la cohesión social (Bäubock, 2002). El miedo a una fractura de la cohesión social subyace en todos los países occidentales cuando se enfrentan al carácter transnacional de los movimientos migratorios y a su transformación en sociedades plurales y complejas. Al respecto, el multiculturalismo pudo haber otorgado una nueva perspectiva sobre la gestión de la diversidad étnica y los derechos de las minorías, pero quizá se haya quedado atrás en su intento por dar respuesta a la ineludible transformación de las concepciones identitarias preestablecidas del Estado-nación. Aun así, esta amenaza no es percibida de igual modo. En Europa, una excesiva diversidad étnica se advierte como un desafío a la identidad y a la cohesión social, mientras que en los países nacidos de los grandes movimientos migratorios, como Australia, Estados Unidos o Canadá, la diversidad étnica no es percibida como una amenaza en sí misma, sino como parte de la propia identidad nacional. A diferencia del resto de países occidentales, no existe un miedo a la diversidad, sino a una inadecuada implementación de las políticas multiculturales y a que con ello pueda llegarse a una posible fractura de una identidad común, la cual no fue construida sobre una cultura compartida, sino sobre unos *valores* compartidos (Schlesinger, 1998).
- c. En tercer lugar, el *estatus socioeconómico de los inmigrantes*, donde se suele señalar como prueba de su situación el alto índice de desempleo, la excesiva dependencia de la asistencia social, el fracaso escolar, la falta de representación política o el elevado índice de delincuencia juvenil. Las preocupaciones que surgen en estos debates giran en torno a dos cuestiones fundamentales: *quiénes* son los que sufren las consecuencias de la situación de los inmigrantes, si ellos mismos o la sociedad de acogida; y cuáles son las *causas* de esa

situación. En primer lugar, tanto la propia sociedad de acogida como los inmigrantes son quienes sufren las consecuencias de un estatus socioeconómico inferior de la población inmigrante. Por un lado lo sufre la sociedad, porque debe destinar mayores recursos del Estado de bienestar hacia la población inmigrante, y porque frente al aumento de la delincuencia, aumenta la sensación de inseguridad. Pero por otro también lo soportan los inmigrantes, que al fin y al cabo son los que sufren esas consecuencias de forma directa. En segundo lugar, al hablar de las *causas*, los debates oscilan entre los que acusan directamente a los inmigrantes de ser los responsables de su situación, al no querer integrarse y pretender seguir manteniendo lazos con sus países de origen, de no ser lo suficientemente responsables con sus obligaciones ciudadanas o de no haber querido educar a sus hijos para que recibieran una adecuada formación con la que labrarse un futuro mejor; y los que les acusan indirectamente señalando el origen de sus males en su cultura, que al no querer desprenderse de ella, no terminan de integrarse ni de asumir los valores de la sociedad que les acoge, desplazándose cada vez más hacia los márgenes sociales donde quedan emplazados en guetos culturales donde las condiciones socioeconómicas son peores. Aquí cuando se plantea la cuestión de quién tiene la culpa – si las víctimas o el sistema-, no se plantea en términos de desigualdad estructural o de discriminación, sino de cómo las políticas multiculturales han sido las que han promovido la conservación y una excesiva fidelidad hacia la cultura de origen, generando una inherente falta de lealtad hacia el Estado de acogida y una excesiva dependencia de los servicios asistenciales.

- d. En cuarto lugar, las *políticas de inmigración y asilo*, como origen del aumento de la diversidad étnica y de los problemas asociados a la falta de integración de los inmigrantes, y que se utilizan para criticar el proyecto multicultural y para proyectar los miedos de la sociedad sobre una cuestión que podría haberse evitado aplicando unas políticas migratorias más restrictivas.
- e. Y en quinto y último lugar, los *debates sobre el debate*, en los que se alude a las formas o modos por los cuales se aborda el mismo debate sobre el multiculturalismo, como el uso correcto de la terminología o los límites de la corrección política, pero, sobre todo, las estrategias retóricas y maniobras discursivas que se utilizan para contrarrestar o demonizar las opiniones de los rivales, aunque dirigidas no tanto sus argumentos como a sus intenciones.

Todos los temas identificados en el debate sobre el multiculturalismo deben considerarse en su conjunto y difícilmente podrían verse reducidos a simples dicotomías entre la izquierda y la derecha, blanco o negro, Oriente u Occidente, dado que en cada debate nacional estas categorías son más porosas de lo que parece y podrían ser defendidas por posiciones que difícilmente podrían encajar en cualquiera de ellas (Prins & Slijper, 2002, p. 327).

Como recapitulación, lo más interesante sería quedarse con la lógica secuencial que une a todos estos debates, la cual supone que (a) el multiculturalismo fomenta, acentúa y conserva las diferencias culturales, que (b) las diferencias a lo único a lo que llevan es a la fragmentación de la identidad común, y que (c) la fragmentación social es la causa de la situación socioeconómica de los inmigrantes, lo que genera una mayor ruptura con la sociedad de acogida y supone un peligroso caldo de cultivo para los extremismos. Culmando al multiculturalismo también se culpa implícitamente a los inmigrantes o a las minorías étnicas de carecer de la voluntad suficiente para integrarse al pretender mantener sus tradiciones y defender la particularidad de su identidad. Bajo esta constante sospecha, la sociedad de acogida desconfía de las políticas multiculturales y rechazan cualquier proyecto político que no considere reforzar los valores democráticos o la cohesión social. Esta falta de apoyo a las políticas multiculturales surge cuando se vinculan con su fracaso como herramientas de integración social o por su responsabilidad en el origen de la situación socioeconómica y auto-segregación de las minorías, lo que refuerza el auge de propuestas más asimilacionistas que empiezan a calar hondo entre los gobernantes, pero también entre los críticos del multiculturalismo (Joppke, 2004, p. 244).

2. La crisis del multiculturalismo y la retórica liberal: la propuesta del “liberalismo muscular”.

En un sorprendente y preocupante acuerdo de todo el espectro político e ideológico, el multiculturalismo fue prácticamente vapuleado por casi todas las fuerzas políticas y acusado de provocar los problemas sociales actuales por culpa de su empeño de fomentar la diversidad cultural. La segregación cultural, la violencia contra las mujeres, el alto desempleo, la inseguridad o los problemas de retroceso del Estado de bienestar han sido atribuidos con ligereza a la diversidad y a los crecientes flujos de inmigración. Y el hecho de utilizar en estos casos el fracaso del multiculturalismo como recurso discursivo resulta, paradójicamente, una forma de corrección política que esconde, en realidad, la necesidad de traer a discusión temas de especial sensibilidad como la inmigración, la pertenencia, la diversidad y los problemas de su gestión para evitar caer en denostados discursos de carácter más imperialista, colonialista o, directamente, racista. El objetivo era defender

la cultura occidental y su superioridad moral frente a otras culturas, pero evitando caer en la descalificación directa, para lo que fue necesario el uso de una retórica liberal que lograra embelesar a los futuros adeptos, con pocas propuestas normativas y escondiendo las verdaderas intenciones, pero con un gran calado político.

Al analizar todo este descontento, quienes parece que lograron capitalizar el discurso anti-multiculturalista fueron las fuerzas políticas más conservadoras, quienes se habrían apropiado de un discurso sobre el liberalismo y la defensa de los derechos y las libertades individuales *propias* de la cultura occidental. Este ímpetu retórico de los partidos conservadores, quizá fagocitados por una extrema derecha que parecía que iba poco a poco adueñándose del descontento de la diversidad, fue inaugurado, entre otros, en alguno de los discursos de sus principales dirigentes. En Alemania, por ejemplo, fueron conocidas aquellas declaraciones de la canciller Ángela Merkel en las que hablaba del fracaso y “[muerte](#)” del multiculturalismo alemán; o el discurso del Primer Ministro David Cameron en contra del multiculturalismo y en favor de la construcción de un nuevo modelo de “liberalismo muscular”³. Tanto en el caso alemán como en el británico, y al igual que otros discursos parecidos como los realizados posteriormente por el anterior [presidente](#) francés Nicholas Sarkozy, podía observarse la manera en la que se estaban [intensificado](#) los debates en torno a la inmigración, y cómo gran parte del ala conservadora europea había estado intentado trasladar parte de la responsabilidad de la crisis y el desempleo hacia los inmigrantes, en un intento por transformar una crisis económica y social en una crisis identitaria y cultural.

Para el primer ministro británico, la “doctrina del estado multicultural” habría favorecido la segregación social y cultural debilitando *nuestra* identidad colectiva por culpa de unas políticas multiculturales demasiado tolerantes que, por no quedar fuera de la corrección política, acabaron favoreciendo actitudes claramente segregacionistas de algunos colectivos de inmigrantes. Con una clara alusión a los inmigrantes de origen musulmán, que daba cuenta de la estrecha relación existente entre la condena política al multiculturalismo y los problemas de integración de las comunidades musulmanas (Kymlicka, 2010, p. 108), la doctrina del multiculturalismo habría ejercido una tolerancia demasiado pasiva sobre los jóvenes musulmanes, a quienes no se habría logrado inculcar satisfactoriamente un sentido de pertenencia. La ausencia de críticas hacia la falta de integración de algunas comunidades musulmanas les habría protegido de ser juzgadas por alguna de sus prácticas, juzgadas como contrarias a los derechos y libertades individuales. Por eso habría llegado el momento de ejercer un tipo de “liberalismo muscular activo” que ayudara a implantar valores como la igualdad,

³ [Discurso](#) pronunciado en la Conferencia Internacional sobre Seguridad celebrada en Múnich el 5 de febrero 2011. Según Cameron, apoyando la “doctrina del multiculturalismo estatal, [...] hemos favorecido que las distintas culturas lleven vidas separadas, aisladas entre sí y con respecto a la corriente dominante. Hemos fracasado a la hora de plantear una visión de una sociedad a la que deseen pertenecer”.

el Estado de derecho o la libertad de expresión en todos los ámbitos de la sociedad, a la vista de que el “credo multicultural de la tolerancia” no había sido lo suficientemente eficaz para lograr una verdadera integración de los inmigrantes, ni bastaba para solventar los problemas actuales de la crisis económica y social.

Si analizamos este “liberalismo muscular” de Cameron, podemos ver que ante todo es una propuesta más retórica que normativa, y que se mueve entre la nostalgia hacia una entidad nacional colectiva y la necesidad de pertenencia hacia unos valores comunes, con los que pretendería hacer frente al relativismo moral que, según piensan algunos, se fue extendiendo por Europa después del Holocausto, y que evitaba hacer propuestas morales para no caer en derivas autoritarias (Sacks, 2011)⁴. Esta propuesta de Cameron, en la línea con las expresadas por otros mandatarios políticos con peso en la Unión Europea, suponía el establecimiento de un nuevo contrato social poco específico, pero que pretendía configurarse como un compromiso personal fuerte de cada individuo con una serie de principios y valores con los que podría entrar a formar parte de la sociedad. Aunque parece que su propuesta no quedaba del todo definida, más allá de una vaga referencia general a los principios y valores democráticos, parece que con ella pretendía conseguir una respuesta cívica y universalista a los desafíos que estaban suponiendo las demandas de reconocimiento cultural y religioso, y que estarían haciendo peligrar la aspiración y conservación de un proyecto nacional común y una identidad europea que pudiera quedar definida sobre los principios democráticos occidentales y el respeto a los derechos humanos. En definitiva, podía verse que este modelo había surgido como respuesta a un estímulo o miedo a perder las referencias identitarias frente a la amenaza de comunidades religiosas con un fuerte componente identitario como la musulmana. Pero no quedaba claro si esta propuesta era en realidad una sobrerreacción ante determinados hechos en los que se percibía que no se había terminado de establecer un encaje total entre ambas culturas, y cuya problematización se utilizaba para fijar una única solución posible mediante la adhesión a una única identidad liberal. Es decir, que se utilizaba el problema de los “inintegrables” para hacer nuevas propuestas de asimilación.

A falta de referencias normativas concretas, parece que el modelo que tuvo Cameron en mente estaba construido básicamente sobre dos pilares fundamentales (Dobbernack, 2014, p. 3): por un lado, la premisa fundamental de que la *privatización de la diferencia*, como defendiera Brian Barry (2001)

⁴ Jonathan Sacks, conocido rabino británico, [opina](#) también que el multiculturalismo ha fallado porque una excesiva tolerancia de la sociedad occidental hacia los inmigrantes y sus culturas no ha tenido las consecuencias esperadas, sino todo lo contrario. El relativismo moral con el que se toleraron otras prácticas culturales ha evitado que pudiera llegarse a un consenso moral entre todas las culturas y ha provocado, en cambio, una discusión perpetua en la que sólo la voz que hable más alto es la que consigue ganar. El problema de las políticas multiculturales es que al final sufrió una serie de consecuencias inintencionadas, pero su falta de apoyo a una identidad nacional clara dejó a los grupos culturales sin ningún tipo de referencia cultural en la que integrarse.

en su crítica a los derechos culturales, es la mejor forma de acercamiento a la diversidad cultural con más sintonía con la tradición liberal; y en segundo lugar, la necesidad de tomar como referencia dos modelos de gestión de la diversidad como Estados Unidos y Francia, es decir, la insistencia estadounidense en la gestión de la diversidad mediante el mercado, y la insistencia francesa en la promoción de unos valores nacionales universales (Hansen, 2011, p. 885). Este modelo sugiere, primero, que un mercado flexible y con un Estado de bienestar mínimo incentiva al trabajo, evita la dependencia de sus ciudadanos de las ayudas estatales, anima a las minorías culturales a adaptarse al entorno económico y, como consecuencia, ayuda a que cada individuo supere sus lealtades culturales/corporativas mientras compite en el mercado, lo que le asemeja a los demás. Y segundo, que la apelación a un marco de referencia de integración claro como el francés no dejaría ningún margen de duda sobre los valores que se deben interiorizar para cualquier individuo que quiera integrarse sin problemas (Hansen, 2011, p. 894).

Parece, por tanto, que el modelo del “liberalismo muscular” tendría una clara preferencia normativa por el minimalismo social y un marcado republicanismo moral. Pero no se entendería, en cambio, a quién iría dirigido concretamente. O más bien sí. Desde luego no a la población inmigrante, y sí más a la población *nativa*. Porque parece que la propuesta sería una manera pragmática de reforzar los lazos entre los que ya estamos, pero difícilmente podría entenderse que pudiera ser asimilado por todos aquellos que pretendieran integrarse bajo este modelo, ya sea porque se fijara la preferencia por cupos a determinados países, o fuera porque se tuviera que pasar por el filtro del *test de ciudadanía*. De ahí que, bajo el ímpetu retórico de este modelo, no parece que estuviéramos ante una doctrina o una propuesta normativa, sino ante un puro método de repuesta a la diversidad y al miedo que estimula, y con criterios muy dudosos.

No es que el modelo se haya llegado a implantar, pero su influencia política y mediática ha logrado determinar ciertas preocupaciones en la agenda política actual. Y aún más. La propuesta podría llegar a ser una nueva forma de gestionar la diversidad cultural bajo un “racismo codificado” (Lentin & Titley, 2011). Es decir, que la supuesta crisis del multiculturalismo habría actuado justo como una “metáfora movilizadora” de la aversión política, señalando al multiculturalismo como la diana necesaria sobre la que lanzar todas las críticas y a quien exigir responsabilidades por la pérdida de referencias y la desmembración social, utilizando la crítica al multiculturalismo como el marco coyuntural en el que las políticas con un trasfondo racista quedarían maquilladas y legitimadas (Lentin & Titley, 2011, p. 24). Este ritual de denuncia programática del multiculturalismo habría estado teniendo lugar en un contexto “post-racial” y en un entorno neo-liberal en el que nuestro entendimiento sobre la raza o el racismo habrían quedado desligadas de su relación con la desigualdad estructural, las experiencias históricas o los movimientos anti-racistas, quedando totalmente

despolitizadas, pero conservando su condición de desventaja social. Como esta reformulación del discurso racista evita identificar a los inmigrantes como miembros de razas inferiores, sino como miembros de culturas diferentes, trata de invertir el argumento de los prejuicios raciales señalando aquellas culturas que por sus características es imposible que pudieran ser incorporadas al estilo de vida occidental. Y dado que toda cultura *tendría* un origen “natural”, es perfectamente comprensible que cualquier miembro de una cultura determinada –y en este caso la occidental- pueda reaccionar a la presencia de los inmigrantes, ya que estaría defendiendo su cultura (Lentin & Titley, 2011, p. 74).

Mediante esta licencia retórica, al lograr desacoplar a la raza de las discusiones sobre las estructuras de poder y habiendo logrado reemplazarla por la cultura, es posible ahora hacer todo tipo de críticas hacia el multiculturalismo evitando cualquier acusación de racismo. Porque la importancia de fijar la cultura en los debates va en paralelo con la ausencia de la “raza” en esos debates, pero no va acompañada, en cambio, de un descenso del racismo inherente a cualquier tipo de jerarquización cultural.

Esta nueva postura post-racial de analizar las relaciones de poder entre las culturas está contextualizada claramente en la presente realidad neoliberal. Dentro de la lógica individualista del neoliberalismo, la historia, las políticas y o el Estado quedan fuera de cualquier estudio que trate de analizar cuáles son las condiciones de desventaja generales de las que se arte, y menos aún de cuáles son las desventajas raciales que puedan explicar una situación de desigualdad. Así, bajo el neoliberalismo “lo personal no es sólo lo político. Lo personal es lo único político, lo único que realmente queda como referente tangible” (Comaroff & Comaroff, 2000, p. 305), por lo que es el individuo el único responsable de su situación de desigualdad, y cualquier sensación de estar sufriendo una discriminación racista sólo puede deberse a una sensación personal (Robbins, 2004, p. 246), y en modo alguno estructural. De esta manera, la “raza” es una cuestión que queda privatizada, en el sentido de que queda silenciada o invisibilizada, reducida a una simple noción de prejuicio individual, de modo que cualquier grupo o individuo queda privado de ejercer derecho o acción en contra de cualquier discriminación sin correr el riesgo de ser acusados de victimismo (Lentin & Titley, 2011, p. 76).

Mientras que los grupos culturales quedan desempoderados dentro de este contexto post-racial, las élites políticas, en cambio, quedan cada vez mejor posicionadas para aplicar nuevas políticas restrictivas: al presentar al multiculturalismo como un experimento fallido, todas las ansiedades relacionadas con la inmigración, la globalización y las transformaciones sociopolíticas son asumidas por los gobiernos neoliberales, quienes ahora pueden encargarse de explicarlas y darles una solución, con todo el margen necesario para poder gestionar los flujos migratorios como una cuestión

de seguridad nacional⁵ (Ibrahim, 2005), de aplicar políticas de asimilación mucho más exigentes y de presentar proyectos neo-nacionalistas como medidas de transformación y rehabilitación de la sociedad. El “liberalismo muscular” se presentaría como la doctrina que lograría trascender el discurso culturalista para conseguir restaurar de nuevo las certezas universales que habrían quedado abandonadas por un excesivo particularismo. La doctrina del “liberalismo muscular” quedaría definida no en contraposición a los valores o doctrinas de “culturas o razas inferiores”, sino que se definiría en contra del mal y del relativismo moral. Y por eso, porque se trata de una lucha moral y de valores, por mucho que se usaran estereotipos culturales, esta circunstancia no se concebiría como discurso racista, sino simplemente como un discurso de la diferencia.

3. El multiculturalismo neoliberal y la presión ideológica conservadora.

Con el primer auge del neoliberalismo en los ochenta, las primeras objeciones hacia el multiculturalismo se concentraron en la percepción que tenían las políticas multiculturales de su, a su juicio, excesiva dependencia del Estado⁶, y las primeras críticas fueron tanto desde una perspectiva institucional como simbólica. Institucionalmente, las críticas de las políticas neoliberales trataron de romper los vínculos entre el Estado y aquellos grupos que defendían políticas progresistas en favor de los derechos culturales y colectivos, reduciendo su financiación y el acceso de estos grupos a la esfera pública. Y simbólicamente, las críticas trataron de deslegitimar al multiculturalismo de forma constante poniendo en contraposición al ciudadano medio y pagador de impuestos frente a aquellos que pretendían legitimar sus reivindicaciones bajo intereses especiales y representados por los “lobbies étnicos” (Kymlicka, 2012, p. 108). En la actualidad las críticas no han variado mucho, pero el repudio generalizado hacia multiculturalismo que han mostrado los principales dirigentes políticos ha ido creando tendencia entre el resto de líderes políticos, y cada vez más existe una plena convergencia de los debates que no deja duda de la existencia de un frente común contra el multiculturalismo. Aunque lo más significativo ha sido poder observar cómo este mismo discurso, con algunas matizaciones, ha estado siendo asumido también por el espectro ideológico más progresista.

⁵ “Securitization” (Buzan, et al., 1998) es un término de difícil traducción al español. En ciencias sociales se refiere al hecho de transformar determinados asuntos en una cuestión de seguridad de un Estado o conjunto de Estados como la UE. En la actualidad, en muchos países el problema de la inmigración se está abordando como una cuestión de seguridad nacional, y consideran que la inmigración es un factor de riesgo contra la integridad y la paz social del país. Al respecto, la prensa ha tenido un papel importante a la hora de definir las fronteras entre el ‘nosotros’ y ‘ellos’, y la manera en la que están participando en la construcción de una narrativa de la inmigración como una cuestión de seguridad. Muchas de las formas con la que la prensa aborda la cuestión migratoria se relacionan con el crimen o con cuestiones de seguridad, como el terrorismo (Caviedes, 2015).

⁶ El “nanny state”, como señala Kymlicka (2012, p. 107).

En un momento en el que los fuertes episodios mediáticos están condicionando la manera en la que la sociedad percibe la inmigración⁷, los hechos están empujando a las fuerzas políticas a tomar medidas excepcionales con las que poder construir un discurso nacionalista más sólido sobre la identidad nacional y frente a la amenaza del terrorismo, la inmigración o la crisis económica. Los discursos en contra del multiculturalismo han servido, además, como pretexto para que los dirigentes políticos hayan podido evadirse de su responsabilidad por las crecientes desigualdades que se han ido produciendo durante la crisis, sobre todo entre la clase media, habiendo logrado desviar las responsabilidades hacia la población inmigrante, a quienes se habría estado culpando de la falta de trabajo –a pesar de que han acaparado el más precario- y quienes habrían estado reteniendo la mayor parte de las prestaciones sociales⁸. Todas estas cuestiones, en conjunto, habrían contribuido a un cambio de discurso que se habría concentrado más en enfatizar las funciones de la ciudadanía y sus obligaciones –una ciudadanía muscular-, que en sus derechos⁹.

Esta tendencia a la institucionalización de los valores comunes, o de la identidad de manera obligatoria o como un compromiso, ha estado siendo asumido por la mayoría de los Estados, quienes han ido experimentando un cambio significativo en su discurso sobre la inmigración y su integración, en gran parte con motivo de la crisis económica (Lesińska, 2014). El cambio ha podido verse, incluso, en el grado de tolerancia hacia las prácticas y costumbres de algunos grupos culturales –principalmente los musulmanes-, pero también en la exigencia de una mayor restricción de los flujos migratorios o por la vuelta a un modelo más asimilacionista para la integración de los inmigrantes, lo que en conjunto está suponiendo una clara carga adicional para las minorías y un aumento del coste de la pertenencia a la sociedad de acogida.

Lo más sorprendente es que la mayoría de líderes políticos, con la participación y complacencia de la izquierda, han estado apoyando estas medidas anti-inmigratorias y permitiendo discursos que podría llegar a considerarse xenófobos, en su intento por contrarrestar la influencia cada vez mayor de los partidos más radicales de la derecha (Norris, 2005, p. 166 y ss.). No en vano, la izquierda más moderada e incluso la más progresista ha visto cómo sus caladeros de votos más tradicionales han ido fluctuando atraídos por los discursos conservadores, y por las alertas de los más

⁷ Al respecto, la prensa ha tenido un papel importante a la hora de definir las fronteras entre el ‘nosotros’ y ‘ellos’, y la manera en la que están participando en la construcción de una narrativa de la inmigración como una cuestión de seguridad (‘securitization’). Muchas de las formas con la que la prensa aborda la cuestión migratoria se relacionan con el crimen o con cuestiones de seguridad, como el terrorismo, lo que condiciona enormemente la manera en la que el resto de la sociedad percibe la inmigración (Caviedes, 2015).

⁸ Aquí es importante señalar cómo el grado de solidaridad de la sociedad de acogida ha ido disminuyendo de forma importante durante la crisis, y son cada vez más los que piensan que el Estado de bienestar no debería ser universal (Koning, 2013).

⁹ En el [libro](#) verde “Rights and Responsibilities: developing our constitutional framework”, introducido por el gobierno laboralista de Gordon Brown, se habla de la existencia de importantes responsabilidades para la ciudadanía que estarían por encima de cualquier otro código moral de carácter individual. El informe proponía una ceremonia de lealtad a la Corona, junto con el compromiso de respetar los derechos, libertades y valores británicos, para acceder a la ciudadanía.

radicales en cuanto a la escasez de los recursos a distribuir cuanto más diversa sea la sociedad (Alonso & da Fonseca, 2012). Este poder de contagio de la extrema derecha (Keith & McGowan, 2013) ha ido condicionando el discurso sobre la gestión de la inmigración y ha empujado a todas las fuerzas más moderadas a asumir medidas que no son meramente discursivas y que están afectando a derechos adquiridos. En muchos casos, se han intentado imponer medidas de carácter más simbólico, como las ceremonias de lealtad o los test de ciudadanía, pero en otros muchos casos se han adoptado otras más restrictivas con los derechos de los inmigrantes, muchos de los cuales han visto restringidos sus derechos de asistencia sanitaria o de acceso a las ayudas o servicios públicos. Son medidas claramente regresivas que se han ido imponiendo sin el rechazo de la izquierda, y cuyo objetivo final está encaminado a tratar de llegar a la máxima homogeneización posible de la sociedad, la ciudadanía y la ley como manera de proclamar la superioridad de los valores occidentales tomando como excusa la crisis económica actual y la falta de recursos para todos.

Estas demandas de homogeneización cultural y de asimilación han trascendido más allá del espectro ideológico conservador y han empujado a los sectores más progresistas a unirse a alguno de los discursos anti-multiculturalistas, dando un menor apoyo a los grupos culturales y teniendo que enfrentarse a lo que algunos han denominado como el “dilema de los progresistas” (Goodhart, 2004): la irremediable disyuntiva entre apoyar las reivindicaciones culturales o preservar el Estado de bienestar. Según Goodhart, para poder conservar el Estado de bienestar es necesario que exista un sistema fiscal progresivo que necesita de un alto grado de solidaridad y cohesión social que difícilmente podría mantenerse en una sociedad que haya apostado demasiado por las políticas de identidad y la diversidad cultural. Es decir, que demasiada inmigración socavaría la solidaridad social. Esta idea fue también defendida por Paul Collier (Collier, 2013), quien habría estudiado el impacto de la inmigración tanto en la sociedad de acogida como en la de origen, y quien también opinaba acerca del impacto negativo de los movimientos migratorios para ambas sociedades: para las sociedades de origen, por la pérdida ingente de recursos humanos, y para las de acogida, por su impacto en la estabilidad social. Estas dos tesis estarían insistiendo en lo mismo: que una excesiva diversidad destruye el respeto mutuo, la solidaridad y la disposición a aplicar una justicia redistributiva. Y ambos trabajos se basaron en la célebre hipótesis del “*hunker down*” de Robert Putnam (Putnam, 2007), en la que planteaba que en las sociedades diversas los individuos muestran una mayor desconfianza hacia los demás y tienden a replegarse en sus comunidades, lo que como consecuencia acaba socavando el tejido social y perturbando la cohesión social¹⁰.

¹⁰ Posteriormente, Peter Sturgis consiguió demostrar la tesis contraria analizando la relación entre la diversidad y la confianza en la ciudad de Londres (Sturgis, et al., 2011).

Estos argumentos habrían estado alimentado la base de nuevos planteamientos nacionalistas, que tratarían de revertir el desmembramiento social expandiendo los círculos de afecto y solidaridad mediante un mayor hincapié en los lazos de pertenencia más allá de los vínculos primordiales de la familia o la comunidad. Estos nuevos planteamientos etno-nacionalistas estarían tratando de acentuar lo común en vez de lo diferente, para que el aumento del nivel de confianza entre los individuos ayudara a conseguir mejores niveles de prosperidad en la sociedad (Kymlicka, 2015, p. 6 y ss.). Por eso, para que este proyecto tuviera éxito, las sociedades democráticas tendrían que ir abandonando paulatinamente el reconocimiento e institucionalización de la diferencia, y apostar más por un Estado de bienestar que basara sus políticas distributivas en lo común y estuvieran encaminadas a reforzar la cohesión social. En la búsqueda de este nuevo “Estado de bienestar chauvinista” (Kymlicka, 2015, p. 7), las restricciones a la diversidad y a la diferencia, ya sea frenando los flujos migratorios o ya sea restringiendo el reconocimiento institucional de la diferencia, quedarían justificados para la reconfiguración de las políticas multiculturales o su completa eliminación. Pero dadas las exigencias de la corrección política, los planteamientos de este nuevo reagrupamiento nacionalista harían uso también de las retóricas políticas y apostarían por el reconocimiento de un “multiculturalismo neoliberal” en el que quedaría permitida la diferencia en el juego de los mercados y como producto mercantilizado, pero que vería negada su inclusión más allá de su puro consumo.

Sobre esta última idea no está claro que el multiculturalismo pueda ser responsable de la división social y la falta de solidaridad. Las hipótesis de Goddhart y Collier de que el reconocimiento de la diversidad cultural ha podido erosionar el Estado de bienestar no parece que sean del todo cierto, y así lo han intentado demostrar Keith Banting y Will Kymlicka mediante un estudio pormenorizado de la adopción de las políticas multiculturales en algunos países (Banting & Kymlicka, 2006). Básicamente, en su estudio llegaron a la conclusión de que no existían evidencias suficientes para afirmar que la promoción de políticas multiculturales haya podido erosionar el tejido social de las sociedades de acogida, por lo que la disyuntiva de Goodhart no tendría fundamento y no sería necesario que los países tuvieran que elegir entre los derechos culturales y los sociales, o entre la inclusión o la conservación del Estado de bienestar. Sin embargo, a pesar de que la tesis fuera infundada, no es posible frenar la deriva actual hacia la que han ido las sociedades de hoy en día, y cómo la crisis ha afectado a la manera de configurar el Estado de bienestar y sus beneficiarios. El giro identitario hacia la asimilación parece que ha calado hondo y que la contracción del Estado de bienestar de los últimos años no ha podido evitar que afectara a los inmigrantes.

Precisamente es el contexto social de la crisis lo que está aumentando el miedo existencial a la inmigración y la diversidad, que no es otra cosa que el miedo al conflicto. Paradójicamente, los intentos por homogeneizar y preservar la identidad tienen que ver con el miedo a que la sociedad

reconozca en la crisis actual la contingencia de la pertenencia, y el hecho de que los lazos que la sustentan están contruidos sobre premisas que difícilmente son controlables en la era de la globalización. Esta falta de control ha obligado, en cierto modo, a que algunas fuerzas políticas tuvieran que refugiarse en discursos que alertaban de la disolución de la identidad y de la erosión de los valores comunes, buscando la unidad de quien se sintiera reconocido en esa pérdida, pero también buscando la responsabilidad de esa pérdida en quienes tienen, a veces, poco que perder. Por eso, con todo, estos debates sobre la descomposición de la identidad y la necesidad de reafirmarla versan menos sobre los hechos que sobre el impacto existencial que supone asumir su contingencia.

4. A modo de conclusión: el multiculturalismo y el futuro la izquierda.

La culturalización de la política ha dominado el panorama actual de la gestión de la diversidad. Según Žižek, una vez que las diferencias de clase que están condicionadas por la explotación económica o la desigualdad quedan naturalizadas en las diferencias culturales o en los distintos modos de vida y, por lo tanto, son inherentes a una cultura y condicionan a sus miembros, entonces podemos hablar de la forma en que la política queda culturizada (Žižek, 2008, p. 140). Este es el modo actual en que la ideología liberal “muscular” dominante ha conseguido esencializar a los individuos, adhiriéndolos a una cultura determinada y decidiendo su idoneidad en función de la compatibilidad de esa cultura con los valores que creen universales. De este modo, la crítica hacia el multiculturalismo no ha sido en sí una crítica hacia el reconocimiento de las culturas o de su existencia, sino una crítica a su *excesivo* reconocimiento. Y este exceso ha tratado de localizarse siempre en la *Otra* cultura, en la visitante y en la que no es propia (Lentin, 2014, p. 1277).

El futuro del multiculturalismo ha quedado atrapado en la culturalización de estos discursos, y la izquierda europea se debate en la actualidad entre, por un lado, quienes defienden aún una visión cosmopolita del liberalismo y, por tanto, el reconocimiento de unos valores comunes en la diversidad de las culturas; y, por otro, entre quienes aún se aferran al igualitarismo de clase a través de las políticas distributivas del Estado de bienestar. Estos últimos son los que en los últimos años han considerado que las políticas de distribución han estado más preocupadas por gestionar la diversidad y reconocer la identidades culturales, que por una verdadera distribución de la riqueza. Y esta circunstancia es la que ha hecho que los votantes tradicionales de la izquierda, agrupados muchos de ellos en las clases medias y trabajadoras, decidieran un cambio de perspectiva en la gestión de la diversidad, apoyando aunque fuera a aquellos que hasta entonces defendían sus ideas contrarias, pero que ahora parecía que se preocupaban por ellos. Lo que percibieron los votantes tradicionales de la izquierda que decidieron cambiar su apoyo, es que las políticas multiculturales estuvieron más

preocupadas por apoyar la diferencia y reconocer las culturas, que por defender la integración y la solidaridad del tejido social. Por eso consideraron que el multiculturalismo se habría preocupado más por destacar en qué somos diferentes más que por enfatizar qué es lo que realmente nos une o qué nuevas políticas o características podrían unirnos, de ahí que al final, y por falta de destacar lo común, los lazos sociales se perdieran y la solidaridad se fuera difuminando, acentuándose aún más durante la crisis. Es cierto que gran parte de la reestructuración industrial influyó de manera decisiva en la solidaridad social y en la distribución del Estado de bienestar, afectando sobre todo a las clases trabajadoras. Y que con la deslocalización y el aumento paralelo de la diversidad, la clase trabajadora más afectada fue identificando en los inmigrantes y en sus países de procedencia el origen de la falta de oportunidades económicas. Por eso esta circunstancia fue la que poco a poco fue demonizando la presencia de los inmigrantes y fue aumentando la sensación de rechazo a las políticas multiculturales. Pero soluciones como las narrativas etno-nacionalistas no ayudan en modo alguno a superar la crisis, porque, como hemos visto, son medidas que pretenden concentrarse más sobre cuestiones culturales que económicas, y gran parte de la crisis social que se sufre hoy en día parte de una crisis económica sobre la que se han aplicado pocas soluciones innovadoras con aspiraciones más transversales y universales y que contengan un carácter social más marcado.

La izquierda europea debería pensar en abandonar la tecnocracia de la tercera vía y volver a concentrarse en soluciones más aglutinadoras en las que no sólo la cuestión económica fuera la determinante. Aunque para muchos progresistas era más importante apoyar la diversidad cultural que defender la construcción de una identidad nacional fuerte, para evitar que el etno-nacionalismo chauvinista de los conservadores logre instaurar una identidad nacional que no sea inclusiva, quizá debería pensar en la manera de construir una identidad común que se sostenga en otros pilares como la vecindad y la solidaridad. A veces, la sensación de pertenencia necesita de construcciones colectivas que no siempre tienen que ser étnicas, ni únicas, ni exclusivas, y que acepte la diversidad siempre y cuando logre converger todas las preferencias de una manera cívica. Simplemente con fundamentar el Estado de bienestar sobre una base ética y social, pero no étnica, es cuando podemos pensar que pueden comenzar a desplegarse los lazos de solidaridad. Pero para ello será necesario construir la cohesión desde las bases, y el desarrollo de una nueva narrativa de la pertenencia deberá partir inexorablemente desde la cercanía de la vecindad, desde donde todos nos reconocemos. Debemos aceptar quiénes somos y dónde estamos. Y reconocer que el mundo ha cambiado. Y es diverso. Y todos estamos en él.

- **Referencias bibliográficas.**

- Alonso, S. & da Fonseca, S. C., 2012. Immigration, Left and Right. *Party Politics*, 18(6), pp. 865-884.
- Ang, I. & Stratton, J., 2001. Multiculturalism in crisis: The new politics of race and national identity in Australia. En: I. Ang, ed. *On Not Speaking Chinese: Living Between Asia and the West*. London: Routledge, pp. 95-111.
- Banting, K. & Kymlicka, W., 2006. *Multiculturalism and the Welfare State: Recognition and Redistribution in Contemporary Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Barry, B., 2001. *Culture and Equality. An Egalitarian Critique of Multiculturalism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bäubock, R., 2002. Farewell to Multiculturalism? Sharing Values and Identities in Societies of Immigration. *Journal of International Migration and Integration*, 3(1), pp. 1-16.
- Buzan, B., Wæver, O. & De Wilde, J., 1998. *Security: A New Framework For Analysis*. Colorado, London: Lynne Rienner Publishers.
- Caviedes, A., 2015. An Emerging 'European' News Portrayal of Immigration?. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 41(6), pp. 897-917.
- Cohen, S., 2002. *Folk devils and moral panics: the creation of the mods and rockers*. London: Routledge.
- Collier, P., 2013. *Exodus: How Migration is Changing Our World*. Oxford: Oxford University Press.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. L., 2000. Millennial Capitalism: First Thoughts on a Second Coming. *Public Culture*, 12(2), pp. 291-343.
- Conolly, K., 2010. Angela Merkel declares death of German multiculturalism. *The Guardian*, 17 octubre.
- Dobbernack, J., 2014. Sovereignty, Security and Muscular Liberalism. Debating 'Sharia Courts' in Britain. *Robert Schuman Centre for Advanced Studies - RSCAS*, Volumen 103.
- Glazer, N., 1997. *We Are All Multiculturalist Now*. Cambridge: Harvard University Press.
- Goode, E. & Yehuda, N. B., 1994. Moral Panics: Culture, Politics, and Social Construction. *Annual Review of Sociology*, Volumen 20, pp. 149-171.
- Goodhart, D., 2004. Too Diverse?. *Prospect Magazine*, Volumen 95, pp. 30-37.
- Hansen, R., 2011. The Two Faces of Liberalism: Islam in Contemporary Europe. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 37(6), pp. 881-897.
- Huntington, S. P., 2004. *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Ibrahim, M., 2005. The Securitization of Migration: A Racial Discourse. *International Migration*, 43(5), pp. 163-187.
- Joppke, C., 2004. The Retreat of Multiculturalism in the Liberal State: Theory and Policy. *The British Journal of Sociology*, 55(2), pp. 237-257.
- Keith, D. & McGowan, F., 2013. *The Radical Left and the Politics of Migration Since the Crisis: Resilient or Acquiescent in the face of the Radical Right?*. Edinburgh, Conference on The radical left and crisis in the EU: From marginality to the mainstream? University of Edinburgh.
- Kelly, P. (., 2002. *Multiculturalism Reconsidered: 'Culture and Equality' and its Critics*. Cambridge, UK: Polity Press.
- Koning, E., 2013. *Selective Solidarity: The Politics of Immigrants' Social Rights in Western Welfare States (Thesis)*. Kingston: Queen's University.
- Kymlicka, W., 2003. *La política vernácula: nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Barcelona: Paidós.
- Kymlicka, W., 2010. The Rise and Fall of Multiculturalism? New Debates on Inclusion and Accommodation in Diverse Societies. *International Social Science Journal*, 61(199), p. 97-112.

- Kymlicka, W., 2012. Neoliberal Multiculturalism. *Social Resilience in the Neoliberal Era*, October(10), pp. 99-125.
- Kymlicka, W., 2015. *Solidarity in Diverse Societies: Beyond Neoliberal Multiculturalism and Welfare Chauvinism*. EUI, IMISCOE Conference "Mobility in Crisis".
- Lentin, A., 2014. Post-race, Post politics: the paradoxical rise of culture after multiculturalism. *Ethnic and Racial Studies*, 37(8), pp. 1268-1285.
- Lentin, A. & Titley, G., 2011. *The Crises of Multiculturalism: Racism in a Neoliberal Age*. London: Zed Books Ltd.
- Lentin, A. & Titley, G., 2012. The Crisis of 'Multiculturalism' in Europe: Mediated Minarets, Intolerable Subjects. *European Journal of Cultural Studies*, 15(2), pp. 123-138.
- Lesińska, M., 2014. The European Backlash Against Immigration and Multiculturalism. *Journal of Sociology*, 50(1), pp. 37-50.
- Ley, D., 2005. Post-Multiculturalism?. *Vancouver Centre of Excellence, Research on Immigration and Integration in the Metropolis, Working Paper Series*, Issue 05-18, pp. 1-28.
- Li, P. S., 2003. Deconstructing Canada's Discourse of Inmigrant Integration. *PCERII Working Paper Series*, Issue 04-03, pp. 1-20.
- Norris, P., 2005. *Radical Right: Voters and Parties in the Electoral Market*. New York: Cambridge University Press.
- Pred, A., 2000. *Even in Sweden: Racism, Racialized Spaces and the Popular Geographical Imagination*. Berkeley: University of California Press.
- Prins, B. & Slijper, B., 2002. Multicultural society under attack: Introduction. *Journal of International Migration and Integration*, 3(3 & 4), pp. 313-328.
- Putnam, R. D., 2007. E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-First Century. The 2006 Johan Skytte Prize Lecture. *Scandinavian Political Studies*, 30(2), pp. 137-174.
- Robbins, C. G., 2004. Racism and the Authority of Neoliberalism: A review of three New Books on the Persistence of Racial Inequality in a Color-Blind Era. *Journal for Critical Education Policy Studies*, 2(2), pp. 244-275.
- Sacks, J., 2011. *Rabbi Sacks*. [En línea]
Available at: <http://www.rabbisacks.org/having-pride-in-britain-protects-all-cultures-published-in-the-times/>
[Último acceso: 17 junio 2015].
- Schlesinger, A., 1998. *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*. New York: W.W. Norton & Company..
- Sturgis, P., Brunton-Smith, I., Read, S. & Allum, N., 2011. Does Ethnic Diversity Erode Trust? Putnam's 'Hunkering Down' Thesis Reconsidered. *British Journal of Political Science*, 40(01), pp. 57-82.
- Vertovec, S., 2010. Towards Post-Multiculturalism? Changing Communities, Conditions and Contexts of Diversity. *International Social Science Journal*, 61(199), pp. 83-95.
- Vertovec, S. & Wessenddorf, S., 2009. Assessing the Backlash Against Multiculturalism in Europe. *MMG Working Paper*, 09(04), pp. 1-40.
- Žižek, S., 2008. *Violence: Six Sideways Reflections*. New York: Picador.